



CON sus grandes zancadas de centímetro en vigilia, su tieso cuello de danta, su mirada rabiojeante y severa, su azeba risa juvenil y bacante, la voz sonora, la imaginación rápida y plástica, Julio Barrenechea acaba de confirmar que los poetas mueren sólo cuando dejan de ser poetas, y que quien nació siéndolo, antes verá destruir su baluarte físico que permitirá la rendición de su minarete lírico. "Diario Morir", libro en apariencia fáctil, musical y juguetón, encierra una densa sustancia poética, una desesperación grácil, de esas que justifican una de las más agudas frases de San Agustín (que Unamuno ha glossado de mil modos), aquella donde habla de "una muerte vital", en vez del soocrído "una vida mortal".

Barrenechea acababa de sufrir un fracaso político (¿otro?), cuando soltó este libro, el tercero o cuarto de los suyos, cuenta que no le llevo porque él tampoco la tiene al día. Sé de uno de sus volúmenes, editado en Bogotá, que no llegó a ningún destino, porque Julio preferió confiarlo a un amigo antes que al correo, y el amigo, en este campeonato de preferencias raras, se lo entregó al olvido, para no dárselo a la fama. Julio es un personaje sensacional. Este hombrón macizo, de grandes ojos bovinos, cuya seriedad es un disfraz del humorismo finísimo del espíritu a quien sirve, posee el más completo arsenal de anécdotas y uno de los temperamentos poéticos más serios y sostenidos de América.

Lo conocí cuando acababa de ser presidente de la Federación de Estudiantes. Brava FECH aquella. Libertaria y aguerrida, se encarró a la arbitrariedad, sin considerar riesgo ni calcular pérdidas. Contribuyó decisivamente a uno de los más sensacionales y memorables cambios políticos de Chile. Su oratoria conmovía hasta a las piedras, y las piedras no fueron las menos eficaces en el cívico trance. Las muchachas le dedicaban largos suspiros, cuando Julio pasaba por el centro en aquel final de 1934. Poetisa hubo que enloqueció de amor, digo, por no perder la ocasión de utilizar un título de Eduardo Barríos. Julio marchaba impenetrable a su destino. La situación era dura. Julio tenía una casa dignísima y pobre. El, el mayor de sus hermanos, hacía de padre, fallecido su padre, un hombre todo vitalidad, ingenio y simpatía, rentista eficaz y contertulio irreemplazable. Un día, Juvenal Hernández, que era rector de la Universidad de Chile, le ofreció un cargo de archivero o cosa así. Julio es un temperamento ebérrimo. Trabaja cuando y como quiere, a su manera, pero ríndese, Hernández, que le conocía, le indicó su tarea: "Aquí tiene usted su escritorio; ésta es su ocupación; pero, ante todo, lo más importante es que escriba y publique usted un libro". Barrenechea siguió el consejo. Entiendo que el archivo no anduvo, pero "El Miln de las Mariposas", sí. Estaba consagrado.

Más tarde fue empleado de la Biblioteca Nacional. Era director de ésta el inquieto y vigoroso padre Alejandro Vicuña. Tenía éste un reglamento exigente, con firmas al entrar, firmas al salir, levacuada de dedos para ciertas fugaces ausencias, etc. Barrenechea llegó un día a su puesto, al cual había tratado de adaptarse; pensó en que debía poner una firma y la hora de

## CUADERNO DE BITACORA

# JULIO BARRENECHEA

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ



su ingreso, que haría igual al despedirse, que... no aguantó más. Dió las espaldas y no regresó.

Barrenechea pertenecía al Partido Socialista, cuando el socialismo chileno era un partido con destino, con mística y con masa. En la dura lucha contra los nazis y sus renagos, Barrenechea estuvo codo a codo con el generoso y leal Marnaduke Grove, y con ese su inseparable compañero, Astolfo Tapia. Por cierto que, contertulio de café y cantina era un peruano, Manuel Bedyoya, del cual he de contar algunas cosas. Llegaron las elecciones de 1937.



El Partido Socialista designó candidato por Temuco a Julio. Éste poseía voz, ideas, limpieza, oratoria, pero ni un céntimo. Su mejor aliado en Temuco era Juanito Picasso, millonario de simpatías y buena voluntad, monedas que no se cotizan en la Bolsa, Julio trazó su plan. Una parte de él consistía en pedir ayuda económica a un pariente del lugar, haciéndolo ricachón. Lo buscó. El pariente lo citó a su fundo. Almorzaron. "No, no hablemos de eso en la mesa —dijo a Julio—; vayamos al escritorio." Cuando estuvieron allí, el huaso sacó una pistola, la puso sobre la mesa y empezó: "Como primer cuestión, yo lo aguesto a socialistas ni a diez leguas de mí fundo"... Sobraba la segunda razón. Julio vio llegar el día de la elección. Alojaba en el Gran Hotel. Preenció cómo los huasos a caballo reemplazan las mesas receptoras, etc. Se retiró a dormir la siesta a su habitación. Despertó como a las seis. Se vistió para ir a tomar un trago antes de volverse a Santiago. Cuando bajaba la escalera, la radio daba re-

sultados electorales. Le asustó la voz de un locutor: "En la ciudad ha triunfado el candidato socialista Julio Barrenechea".

Fue un gran diputado. El presidente Ríos, que hizo su campaña electoral con la insustituible compañía de Barrenechea, le nombró embajador en Colombia. Julio era ya un hombre serio, casado con una magnífica mujer que ha colaborado con él en todo momento, padre de varios niños y autor de varios libros. Le encontré en Bogotá. Tenía al lado a un famoso amigo, el "Barbas", como él le llamaba. La Embajada de Chile era casa de todo el mundo, en especial de los poetas. Todo chileno y sudamericano podía llegar allí sin trabas. Que lo digan Héctor Fuenzalida, Isidias Cabezón, y tantos más. Barrenechea era el embajador más popular, y su poesía, fina y honda, encontró en ese país de refinada expresión literaria admiradores y secuaces. Colombia se puso de pronto "un poco mal", según la frase de Alberto Romero sobre la España de 1938. Julio no abdicó de sus ideas, sin comprometer su situación. La guerra civil llegó a extremos cruentos. Un día llamó a las puertas de la Embajada un hombre acaudado: el guerrillero liberal Buitrago. Julio no titubeó: le dió asilo. Su gobierno se lo negó. Julio exigió entonces, al devolver al guerrillero, dos cosas: al gobierno de Colombia, promesa de respetar aquella vida; al de Chile, de aceptar su renuncia. Se retiró de Bogotá rodeado del respeto, no sólo de un partido o de un pueblo, sino de todos los hombres que aman la libertad, profesan respeto por las doctrinas, creen en el derecho a la vida. Meses después, Buitrago pagaba con su existencia la incomprendible precipitación de alguien, que no fué, no, claro está, Barrenechea. Éste ya había renunciado en otra ocasión, enero de 1946, su cargo. Sin peculio, pero con dignidad, se hacen muy provisionales los cargos públicos. Prefiero ignorar el resto, para volver al poeta.

Hay quienes encuentran a Julio demasiado fáctil y musical. Ya habrá tiempo para que lo juzguen, si musical, también intenso; si fáctil, también maduro y denso. Es el de Julio un tipo de poesía que, bajo la apariencia madrigualesca, desde angustias poderosamente. Su verso es como él: adverso a todo patetismo. Prefiere la sencillez, no se resigna a apartarse de aquello que Maeterlinck llamara lo "trágico cotidiano". Si la vehemencia de ver cumplida la justicia le cimbria algún día el juicio político, todo le será perdonado en gracia a su perfecta sinceridad, a su honradez acrisolada, a su valentía, a su desinterés probado y a su sostenida virtud lírica. Cuando le adquere las asambleas demasiado burdas, siempre habrá para él un "mtin de mariposas", las de su libro y las de su vida.

L. A. S.

"ZIG-ZAG"

**Julio Barrenechea [artículo] Luis Alberto Sánchez.**

## **AUTORÍA**

Sánchez, Luis Alberto, 1900-1994

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1955

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Julio Barrenechea [artículo] Luis Alberto Sánchez.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile